DIÁLOGOS SOCRÁTICOS

PLATÓN

Traducción y adaptación de Agustín García Calvo

CÁRMIDES

Estábamos de vuelta desde la víspera por la tarde del campo de batalla de Potidea, y como llegado que estaba después de larga ausencia, gustosamente me encaminaba a las frecuentaciones acostumbradas; así fue, en fin, que entré en la palestra de Táureas, la que está frente al templo de la Básila, y me encontré allí con muchísima gente, algunos que me eran extraños, pero la mayoría conocidos. Conque, así que me vieron entrar inesperadamente, al momento me iban de lejos saludando cada cual desde su sitio; sino que Querefonte, así como es él de loco, alzándose de un brinco de en medio de ellos se venía a mí corriendo, y tras cogerme de la mano, «Sócrates», me dijo, «¿cómo has escapado de la batalla?». Y es que poco antes de partir de allá nosotros, había tenido lugar en Potidea una batalla, de la cual los de por acá acababan de recibir noticias.

Conque yo, respondiendo a su pregunta, «Pues así», le dije, «como lo estás viendo».

«Pero es que aquí por lo menos han llegado noticias», dijo, «de que la batalla ha resultado extraordinariamente dura, y que en ella quedan muertos muchos de los conocidos».

«Y demasiado ciertas», le respondí, «que son esas noticias».

«¿Estuviste tú presente», me dijo él, «a la batalla?».

«Presente estuve».

«Bueno, ven acá», dijo, «a sentarte y cuéntanos. Pues a bien que no estamos todavía enterados de todo con certeza». Y así diciendo, me lleva a sentar al pie de Cricias el de Calescro.

Sentándome pues entre ellos, saludaba a Cricias y a los demás, y les iba refiriendo las nuevas del frente, todas las que se me pedían; y uno preguntaba por esto, y otro por aquello.

154 Mas una vez que ya teníamos bastante de cuestiones de éstas, yo a mi vez les preguntaba por las de acá, sobre cuestiones de estudios y de ciencia cómo andaba la cosa en el momento, y acerca de los jóvenes, si habían surgido entre ellos algunos que destacaran o en sabiduría o en hermosura o en ambas cosas a dos. Conque Cricias, después de echar una mirada hacia la puerta, al ver a algunos mozuelos que entraban, echándose pullas los unos a los otros, y otra masa de gente que detrás seguían, «En cuanto a lo de los hermosos, Sócrates», me dijo, «me parece que en seguida vas a saberlo: que coincide que esos que ahí entran son acompañantes y enamorados del muchacho que se tiene por el más hermoso, en fin, al menos en estos tiempos; y aun se me hace que también él andará ya por ahí cerca camino para acá.»

«Y ¿quién», le pregunté, «es él y de quién hijo?»

«Lo conoces tú seguramente», dijo, «pero no estaba todavía en la flor de la edad cuando tú marchaste: Cármenes, el hijo de nuestro tío Glaucón, y primo mío.»

«Y aun a bien que lo conozco, a fe mía», dije «que ya entonces no era tampoco nada del montón, aun siendo un niño todavía; pero ahora debe de ser, a lo que calculo, ya muy buen mozo.»

«En seguida lo vas a saber», dijo, «y qué edad tiene y qué tal ha salido.» Y estando él así diciendo, hélo aquí Cármenes que entra.

Ello es pues que conmigo, compañero, no se pueden tomar medidas de nada: que soy sencillamente una vara

de goma para los hermosos; pues a mí, más o menos, todos los que están en la flor de la edad hermosos se me antojan; bien, el caso es que también aquél entonces se me apareció maravilloso de talla y de hermosura; pero, en fin, también los otros todos me parecía a mí que de él estaban enamorados: así de pasmados y de turbados se quedaron al punto que él entraba; y en fin, otros muchos enamorados además entre los que detrás entraron le seguían. Y aun la cosa, por cierto, en lo que a nosotros tocaba, los hombres mayores, no era tan de extrañar; pero es que yo paré atención también a los muchachos, cómo no miraba ninguno de ellos a otra parte, ni aun el más chico que allí hubiera, sino que todos como a una santa imagen lo contemplaban. Conque Querefonte, dirigiéndome la palabra, «Qué te parece el mozuelo, Sócrates?», me dijo, «¿No es una linda cara?»

«Linda sobremanera», le respondí.

«Pues a bien», me dijo, «que, como él quiera desnudarse, te ha de parecer que ni cara tiene: a tal punto es de figura de todo en todo hermoso.»

Abundaron pues también los otros en lo mismo con Querefonte. Conque yo «Por vida mía», dije, «qué incomparable cosa de hombre es ése que contáis, sólo con que una cosa todavía se dé en él, en fin, una pequeña añadidura.»

«¿Cuál?» preguntó Cricias.

«Si de espíritu», le dije, «se da que esté bien hecho. Pero bien puede decirse, Cricias, que corresponde que así lo esté, siendo sobre todo, como es, de vuestra casa.»

«Pues cierto», dijo él, «que de todo en todo es hombre de pro y de bien también en esa parte.»

«¿Por qué entonces», le dije, «no habíamos de desnudarlo por ahí mismo y por ahí contemplarlo antes que por la figura? Pues sin duda alguna, siendo de la edad que es, debe ya de encontrarse dispuesto para conversar.»

155 «Y a bien que sí», respondió Cricias, «que, por cierto, aun es amigo de filosofías y, a lo que les parece a otros y también a él mismo, muy puesto en poesía.»

«Lo que es ese don», le dije yo, «querido Cricias, es cosa que de atrás os viene, de la descendencia de Solón. Pero ¿qué haces ya que no llamas aquí al muchacho y me lo presentas? Pues ni aun cuando se diera —digo yo— que fuera aún más joven, sería en él indecente conversar con nosotros, sobre todo delante de ti, que eres al par tutor y primo suyo.»

«Pero no, dices bien», repuso, «así que lo llamamos.» Y así diciendo y volviéndose al mozo de compañía, «Muchacho», dijo «llama a Cármides, diciéndole que quiero hacerlo ver con un médico sobre ese achaque del que me decía anteayer que padecía.» Volviéndose pues a mí Cricias: «Es verdad que hace poco me dijo que se sentía algo pesado de la cabeza al levantarse por la mañana. Pero ¿tienes algún inconveniente en fingir ante él que conoces algún remedio para la cabeza?»

«Ninguno», le respondí, «lo que hace falta es que venga.»

«Pues claro que vendrá», me dijo.

Que fue lo que sucedió, efectivamente. Pues hélo que llega, y fue ocasión de mucha risa: que cada uno de nosotros los que estábamos sentados, empujando al vecino, hacía sitio todo afanoso para que se sentara a su lado él, hasta que de los que estaban sentados en las puntas al uno lo hicimos ponerse en pie y al otro lo tiramos de costado, mientras él, en llegando, en medio de mí y de Cricias se sentaba. El caso es que entonces, amigo, ya me veía yo en aprieto, y descalabrada estaba aquella osadía que hasta entonces tenía yo, como creyendo que me iba a ser muy fácil conversar con él; pero después de que, tras haber explicado Cricias que yo era el que sabía el remedio, me hubo echado no sé qué especie de mirada irresistible con aquellos ojos y largaba ya velas como para ponerse a preguntarme, y que los

de la palestra todos acudían a rodearnos corriendo a cuál mejor, entonces ya, oh alma generosa, me puse a verlas de todos los colores, y ardía como la grana y no estaba ya en mí mismo; que pensé que muy sabio era Cidias en cuestión de amores, el que dijo, hablando de un mancebo hermoso, aconsejando a otro, que «se guardara de que, asomando cervatillo frente a frente del león, se viera presa descuartizada»: pues de una fiera semejante me parecía que había sido yo hecho presa. Mas con todo, al preguntarme él si sabía el remedio para la cabeza, a duras penas le respondí no sé cómo que lo sabía.

«¿Cuál es pues?», me dijo él.

Conque yo le respondí que el remedio en sí era una cierta hierba, pero que había un ensalmo para con el remedio, que si lo rezaba uno a la par que se servía de él, lo dejaba el remedio del todo sano; pero que sin el ensalmo, de ningún provecho era la hierba.

156 A lo cual él: «Pues bien, yo sacaré», me dijo, «una copia del ensalmo que tú me dictes.»

«Y eso ¿cómo», le dije yo, «si me persuades a que lo haga, o aun si no también?»

Sonriéndose él pues, «Si te persuado, Sócrates», me dijo.

«Vaya!», le dije yo, «y ¿también de mi nombre estás tan enterado?»

«Si no ofendo con ello»; respondió, «que no son pocos los comentarios que acerca de tí corren entre la gente de nuestra edad; y aun me acuerdo yo, niño como era entonces, que andabas en compañía de Cricias aquí presente.»

«Y aun, por cierto», le dije yo, «que aciertas bien en ello: que con tanta más franqueza te contaré cómo es que es eso del ensalmo; que justamente me preguntaba yo de qué manera tendría que explicarte sus virtudes. Pues se trata, Cármides, de un tal ensalmo que tiene virtud no sólo de hacer sanar la cabeza, sino así como acaso tú mismo has oído ya decir de los buenos médicos,

que cuando uno acude a ellos sufriendo de un dolor de ojos, vienen a decir que no es posible emprender la curación de los ojos solos en sí mismos, sino que por fuerza había que atender también a la par a la cabeza, si se quiere que aun el mal de los ojos se remedie; y asimismo, que el creer que se pueda nunca curar la cabeza sola en sí misma aparte del cuerpo entero es una gran falta de sentido; en fin, que a partir de ese razonamiento, dedicándose a tratar con regímenes el cuerpo entero, van intentando, junto con el todo, curar la parte y dejarla sana. ¿O no tienes noticia de que eso sea lo que cuentan y que así sea?»

«Claro que sí», repuso.

«Y entonces, ¿te parece que son buenas razones ésas y aceptas tú el razonamiento?»

«Sin la menor duda», dijo.

Conque yo, en oyéndole que lo aprobaba, cobré ánimos, y poco a poco iba rejuntándoseme el atrevimiento, y me volvía la calor al cuerpo; y así le dije: «Bien, pues algo como eso, Cármides, es también lo del ensalmo que te digo; el cual lo aprendí yo, allá en el frente, de uno de los tracios de los médicos de Zalmóxide, de los que se cuenta que hasta resucitan muertos. Pero decía el tracio aquel que los médicos helenos, ciertamente, en esos puntos que hace un momento te refería razonaban bien; "ahora que Zalmóxide", proseguía él, "nuestro rey, dios como es, dice que, así como no hay que ponerse a curar los ojos aparte de la cabeza ni aun la cabeza aparte del cuerpo, así tampoco el cuerpo aparte del espíritu"; no, sino aun era eso la causa de que entre los helenos se les escaparan a los médicos las más de las enfermedades: que desatendían el conjunto, que era del que había que cuidarse, el cual no estando bien, era imposible que estuviera bien la parte. Pues decía que del espíritu es de donde surgen todos tanto los males como los bienes para el cuerpo y para el hombre entero, y que de allí se van corriendo como a los ojos desde la cabeza; así que

157 [decía él] que aquello es lo que hay que curar primero y sobre todo, si se quiere que así la cabeza como el resto del cuerpo se encuentre bien. Y que el espíritu se cura — decía él, bendito joven — con unos ciertos ensalmos; y que los ensalmos esos eran las palabras y razones buenas; y que de razones y palabras tales se cría en los espíritus buen seso o cordura, que una vez criada y contando allí con ella, fácil es ya tanto a la cabeza como al resto del cuerpo proporcionarle la salud. A la par pues que me enseñaba el remedio y los ensalmos, "Que nadie", me decía, "te persuada a curarle con ese remedio la cabeza sin que haya lo primero puesto su espíritu en tus manos a que con el ensalmo se lo cures. Que es que hoy en día", decía él, "ése es el yerro que con los hombres hay, que los hay que de cada cosa por separado, de la cordura y de la salud, se ponen a ser médicos." Y así con todo empeño me encargaba que ni tan rico hubiera ninguno ni tan noble ni tan hermoso que me persuadiera a hacerlo de otro modo. Así pues yo (pues que jurado se lo tengo y fuerza me es obedecerle) habré de obedecerle pues; conquese a ti, si bien quieres, según los encargos del extranjero, prestar el espíritu lo primero a dejarlo ensalmar con los ensalmos del tracio, te daré además el remedio para la cabeza; pero si no, no tendría nada que hacer en favor tuyo, querido Cármides.»

Habiéndome pues oído Cricias que así decía, «Caído del cielo, Sócrates», me dijo, «va a resultar que ha sido para el muchacho el mal de la cabeza, si por culpa de la cabeza va a tener que volverse también mejor en facultades espirituales. Lo que te digo, de todos modos, es que Cármides de entre los mozos de su edad no sólo en la buena traza tiene fama de sobresalir, sino aun en eso justamente para lo que dices tú que tienes el ensalmo; y dices que es para la cordura, ¿no?»

«Ni más ni menos», le respondí.

«Bueno, pues sábetelo bien», me dijo, «que se le tiene con mucho por el más cuerdo y de mejor seso de todos

«Y entonces, por lo menos eso que crees», le dije, «puesto que sabes hablar como es debido, podrás también —digo yo— decir de ello qué es lo que te parece.»

«Puede», me respondió.

«Pues bien, para que tanteemos a ver si la hay en ti o sino, dime», le pregunté, «qué es lo que crees que es cordura o buen juicio, según tu parecer.»

Conque él a lo primero vacilaba y no acababa de decidirse a responder; después, sin embargo, dijo que le parecía que cordura era hacer con mesura todas las cosas y con tiento, así el andar por las calles como el conversar, y todo lo demás hacerlo del mismo modo. «Conque me parece», dijo, «en una palabra, que es un cierto tiento y calma eso que preguntas.»

«¿Tendrás acaso», dije yo, «razón en lo que dices? Por lo menos, es cierto, Cármenes, que dicen que cuerdos son los calmosos y mesurados. En fin, veamos si tiene algún sentido lo que dicen. Pues dime, ¿no es, en todo caso, la cordura una de las cosas buenas y loables?»

«Sin duda que lo es», me respondió.

«Qué es pues lo mejor y más loable en un escribano: trazar unas mismas letras, y hechas igualmente, aprisa o despacio?»

«Aprisa.»

«Y ¿qué sobre el leer?: ¿rápido o lentamente?»

«Rápido.»

«Y por cierto, en fin, que también el tañer la cítara prestamente y el ser rápido en la lucha mucho mejor está que no el hacerlo con calma y lentamente.»

«Sí claro.»

«Y ¿qué con el boxeo y con la lucha libre?: ¿no es cierto que es lo mismo?»

«Sin duda, sí.»

«Y en cuanto al correr y al saltar y las acciones en general del cuerpo, ¿no es verdad que las que se producen rápido y prestamente son las que están del lado del

mérito y la virtud, en tanto que las lentas, a duras penas desarrollándose y calmamente, están del lado del vicio y la torpeza?»

«Así parece.»

«Así se nos aparece pues», le dije yo, «que, al menos en cuanto al cuerpo, no lo calmoso, sino lo más rápido y más presto es lo más loable y lo mejor: ¿no es eso?»

«Eso es, sí.»

«Pero de la cordura o buen juicio quedamos en que era algo loable y bueno.»

«Sí, lo era.»

«Pues bien, resulta que, al menos según el modelo de lo corporal, no será la calma, sino la rapidez, lo que sea más juicioso y cuerdo, puesto que es buena y loable la cordura.»

«Así es lo que parece», dijo.

«Y dime», le pregunté, «¿qué es mejor y más loable: la facilidad para aprender o la dificultad?»

«La facilidad.»

«Y lo cierto es», le dije yo, «que la facilidad consiste en aprender prontamente, y la dificultad en aprender despacio y con lentitud.»

«En efecto.»

«Y en cuanto a enseñar a otro, ¿no es el hacerlo rápidamente y pronto mejor que no tarda y lentamente?»

«Sí que lo es.»

«Pues ¿qué?: el recobrar memoria y el acordarse ¿cómo es mejor: tardamente y lento, o pronto y rápido?»

«Pronto», dijo, «y rápido.»

160 «Pues la agudeza intelectual ¿no es una como presteza del espíritu, más bien que no calma?»

«Así es verdad.»

«Y entonces, también el entender lo que se le dice a uno, así con el maestro de primeras letras como con el de cítara como en otro sitio cualquiera, no es lo mejor

los que hoy viven, y eso que en todo lo demás, para el punto de edad en que se encuentra, a nadie le va a la zaga.»

158 «Y aun a bien», le dije yo, «que justo es, Cármides, y te corresponde sobresalir de los demás en todas esas cualidades: pues no creo yo que otro ninguno de los de aquí pueda fácilmente indicarnos qué dos casas de las de Atenas, juntándose en una, podrían, según buena cuenta, engendrar a uno más hermoso ni más hombre de bien que aquellas de las que eres tú nacido; pues si de un lado, vuestra casa paterna, la de Cricias el de Drópides, nos dice la tradición que ha sido ensalzada lo mismo por Solón que por otros muchos poetas como sobresaliente en hermosura y en valor y en las otras que se dicen prendas de fortuna, también a su vez igualmente la de tu madre: pues más que tu tío Pirilampes ninguno de los de tierra firme se cuenta que por más hermoso y más hombre de bien se le tuviera, cuantas veces él o ya ante el Gran Rey o ya ante algún otro de los señores de tierra firme se presentaba en embajada; y en conjunto, en nada queda por detrás de la otra esa rama de tu familia. En fin, que, nacido de tales gentes, justo es que en todo seas el primero. En cuanto a aquello pues que de tu figura puede verse, querido hijo de Glaucón, me parece a mí que de ninguno de tus antecesores quedas en nada por debajo; pero si, en fin, también en cordura y en las demás prendas, según lo que aquí Cricias nos dice, has salido bien abastecido, bendita fue la hora, querido Cármides», le dije «en que tu madre te paría. Y entonces, así es la cosa: si es cierto que ya hay en ti, según Cricias aquí presente dice, cordura y buen seso y que eres bastante juicioso, para nada te hacían ya más falta ni los ensalmos de Zalmóxide ni los de Abáride el Hiperbóreo, sino que ya sin más habrá que darte el remedio para la cabeza; si en cambio, cabe creer que estás todavía falto de algo de eso, hay que rezar, antes de la aplicación del remedio, los ensalmos. Dime pues tú mismo si estás de acuerdo con Cricias y

crees que tienes ya bastante de cordura y de buen seso o que estás falto todavía.»

Habiéndose pues Cármides sonrojado, lo primero fue que se puso todavía más hermoso (que es que además fue un rasgo de pudor que bien decía con sus años), mas luego no respondió tampoco nada indignamente: que es que dijo que no le era fácil en aquel trance ni consentir ni decir que no a lo que se le preguntaba. «Porque, si digo», razonaba, «que no soy cuerdo ni juicioso, de un lado es algo fuera de lugar que uno diga contra sí mismo tales cosas, y del otro, dejaré por embustero a Cricias aquí presente y a otros muchos a quienes les parece que soy juicioso, a lo que aquí él cuenta; mas si, en cambio, digo que sí y a mí mismo me alabo, va a parecer insufrible importunidad. De manera que no sé qué responderte.»

Conque yo le dije que «me parece razonable lo que dices, Cármides; y aun me parece a mí», seguí diciendo, «que habrá en común que investigar si estás en posesión o no de aquello por lo que pregunto, para que ni tú te veas obligado a decir lo que no quieres ni yo me ponga sin averiguaciones a ejercer la medicina. Así que, si ello es de tu gusto, dispuesto estoy a hacer contigo la averiguación; y si no, a dejarlo.»

«Pero claro está que sí», me dijo, «que es de mi gusto. De manera que, lo que es por eso, como creas tú que es mejor hacer la averiguación, así ve averiguando.»

159 «Pues bien, he aquí», le dije yo, «cuál es el camino que me parece a mí mejor para investigar acerca de ello: que es que es claro que, si hay en ti cordura, estás en condiciones de dar algún parecer acerca de ella. Pues fuerza es que, de uno u otro modo, estando ella en ti, si es que lo está, te produzca alguna sensación, a partir de la cual pueda surgir en ti alguna opinión acerca de ella, sobre qué es o cómo viene a ser la cordura o el buen juicio. ¿O no lo crees así?»

«Yo», dijo, «así, lo creo.»

y más alabado cuando se hace lo más despacio, sino cuanto más de prisa.»

«Sí, en efecto.»

«Pues es ello que, lo que es en las investigaciones intelectuales y en el tomar decisiones, no es al más calmoso, a lo que creo, y que a duras penas se decide y llega al descubrimiento al que se le tiene por digno de alabanza, sino al que con más facilidad y más rápido lo hace.»

«Eso es cierto», respondió.

«Pero entonces, todas las actividades, Cármides», le dije yo, «tanto las que tocan al espíritu como las que al cuerpo, se nos están mostrando las del lado de la rapidez y la agudeza mejores que la del de la lentitud y de la calma.»

«Por ese camino va la cosa», dijo.

«No va a ser pues algo como calma la cordura o buen juicio, ni calmosa la vida juiciosa y cuerda, al menos según ese razonamiento, toda vez que ha de ser una vida buena y noble y loable por el hecho de ser juiciosa y cuerda. Pues, en fin, una de dos: o en ocasión ninguna o en alguna sumamente rara las actividades calmosas se nos han mostrado mejores en la vida que las rápidas y las impetuosas. Pero si entonces, amigo mío, resulta que, en el mejor de los casos, no son un punto menos numerosas las actividades calmosas que sean mejores que las rápidas y prontas, ni aun por ahí va a consistir ni un punto más la cordura o buen juicio en actuar con calma y tiento más bien que presto y con rapidez, ni en el andar ni en el hablar ni en otro caso ninguno, ni tampoco la vida decente llevada con calma va a ser más cuerda ni juiciosa que la que sin calma, puesto que en nuestro razonamiento se había dado por supuesto que la cordura era una de las cosas buenas y loables, y buenas y loables ahora queda visto que no lo son menos las rápidas que las calmosas.»

«Me parecen justas, Sócrates», me dijo, «tus conclusiones.»

«Pues bien, volviendo atrás, Cármides», le dije yo, «poniendo más atención a ello y mirándote a ti mismo, después de reconocer qué cualidades te hace tener la cordura que en ti reside y cómo puede venir a ser ella para producir tales efectos, una vez calculado y considerado todo eso, dime buena y bravamente qué es lo que te parece que ella es.»

Conque él, tras pararse a pensar y muy bravamente haber hecho examen consigo mismo, «Pues bien, me parece», dijo, «que lo que hace la cordura y buen seso es tener vergüenza y le hace a uno mirado y pudoroso, y que es lo mismo que pudor o vergüenza la cordura.»

«¡Vaya!», le dije yo, «¿no estabas de acuerdo hace un momento en que era algo bueno y noble y loable la cordura?»

«Cierto que sí», me dijo.

«Y entonces, son también hombres buenos y de bien los cuerdos y juiciosos.»

«Sí, lo son.»

«¿Acaso pues podrá ser bueno aquello que no hace buenos a los hombres?»

«No, desde luego.»

«No sólo pues es cosa buena entonces en el sentido de noble y de loable, sino fuera también en el de beneficiosa.»

«Yo, sí, así lo creo.»

161 «¿Cómo pues?», le dije yo, «¿no le das crédito a Homero ni crees que diga bien cuando dice aquello de que “más vergüenza, y no buena, le sigue al necesitado”?»

«Sí que se lo doy», me dijo.

«Es, por tanto, la vergüenza, a lo que se ve, algo no bueno y algo bueno.»

«Así parece.»

«Pero, en cuanto a la cordura en cambio, ella es algo bueno, si es cierto que hace buenos a aquellos en quienes se da y que malos no los hace.»

«Pues sí, en todo caso, así me parece a mí que es la cosa, tal como tú dices.»

«No podrá entonces ser vergüenza la cordura, si es que resulta que ésta es algo bueno, mientras que la vergüenza es de temer que en modo alguno sea algo bueno más bien que no igualmente malo.»

«Bien, a mí me parece, Sócrates», me dijo, «que en eso por cierto llevas la razón; pero mira estotro a ver qué te parece acerca de la cordura: que es que acaba de volverme a la memoria algo que alguna vez le he oído decir a alguien, que cordura puede que sea el ocuparse de lo de uno mismo. Examina pues eso, a ver si te parece que tenía razón el que lo decía.»

A lo cual yo «Ah bribón», le dije, «eso se lo has oído aquí a Cricias o a algún otro de los intelectuales.»

«Evidentemente», dijo Cricias, «a algún otro: que, en fin, a mí, desde luego, no.»

«Pero y ¿qué más da, Sócrates», intervino Cármides, «a quién se lo he oído?»

«No, nada», le dije yo, «que, en todo caso, no es eso lo que hay que examinar, quién es el que lo dijo, sino si es verdad lo que ahí se dice o no.»

«Ahora estás en lo cierto», dijo él.

«A fe mía», le dije, «pero es que mucho habrá de asombrarme que aun siquiera descubramos por dónde hay que coger el dicho: que es que se parece como a una adivinanza.»

«¡Vaya! ¿y eso», dijo, «en qué?»

«Pues en que», le dije, «sea como sea, no es a lo que suenan las palabras que pronunció a lo que iba su pensamiento cuando dijo que cordura era el ocuparse de lo de uno mismo; o ¿es que tú crees que de nada se ocupa el maestro de escuela cuando escribe o cuando lee?»

«Yo, pues sí, creo que sí», me dijo.

«¿Te parece pues que sólo su propio nombre escribe el maestro y lee u os enseña a leer y escribir a vosotros los muchachos, o no es cierto que igual ni más ni menos

escribíais los de los enemigos y los vuestros y los nombres de los amigos?»

«Igual ni más ni menos.»

«¿Hacíais pues acaso el tonto y no obrábais cuerda- mente cuando eso hacíais?»

«De ningún modo.»

«Pero ello es que no era, desde luego, de lo propio vuestro de lo que os ocupábais, si es que el escribir es ocuparse de algo, lo mismo que el leer.»

«Pero sí que lo es, por cierto.»

«Y aun por cierto que también el curar, camarada, y el edificar y el tejer y el realizar por cualquier técnica que sea cualquiera de las obras de ese arte viene a ser en definitiva hacer algo y ocuparse de algo.»

«Sí, sin duda.»

«Y entonces ¿qué?», le dije yo, «¿te parece que puede un estado gobernarse bien por una ley como ésa, que ordenara que cada cual tejiera su propio manteo y lo lavara y que cortara y cosiera el cuero de sus sandalias, y el frasco de ungüentos y el raspador de baño y todas las demás cosas por la misma cuenta: no tocar para nada las ajenas, sino cada uno fabricar y ocuparse de las propias suyas?»

162

«A mí, desde luego, me parece que no», me dijo.

«Pero lo cierto es», le dije yo, «que lo que es estando gobernada cuerda- mente, habrá de estar bien gobernada.»

«Y ¿cómo no va a estarlo?», respondía.

«No podrá ser pues», le dije, «que el ocuparse en tales cosas y de ese modo de lo de uno mismo sea cordura ni buen juicio.»

«Parece ser que no.»

«Hablabas pues por adivinanza, por lo visto, tal como yo decía hace un momento, el que decía que ocuparse de lo de uno mismo era cordura; pues a buen seguro que tan ingenuo y simple no lo era. O ¿es que fue a algún tonto al que le oíste decir eso, Cármides?»

«Cierto que no, ni mucho menos», dijo, «que en

verdad que aun tenía fama de ser sumamente inteligente.»

«Pues bien, lo más seguro de todo — me parece a mí — es que aquello lo propusiera como enigma o adivinanza, dando a entender que eso de lo de uno mismo es difícil saber qué puede querer decir.»

«A lo mejor», me dijo.

«¿Qué diablos pues puede ser eso de ocuparse de lo de uno mismo? ¿Se te ocurre algo?»

«Yo a fe mía no sé», repuso. «Pero a lo mejor no quita que tampoco el que lo decía supiera para nada qué es lo que quería decir con ello»; y a la par que así decía, se reía por lo bajo y miraba para Cricias.

Conque Cricias ya de un rato atrás se le veía que estaba pasándolas moradas y picado en su amor propio delante de Cármides y los demás presentes; pero habiéndose hasta allí contenido a duras penas, en aquel punto ya no fue capaz (que lo más seguro me parece que fuera verdad lo que yo había sospechado, que era de Cricias de quien Cármides tenía oída la respuesta aquella acerca de la cordura: así que, queriendo Cármides no ser él el que tuviera que dar cuenta y razón de la respuesta, sino Cricias, por eso quería a éste sacarlo al corro y hacía señas de que se daba por vencido), conque él no pudo ya aguantarse, que aun me dio la impresión de que se enojaba con el muchacho, tal como un dramaturgo con un actor que está ejecutando mal sus creaciones. De modo que, fijando la mirada en él, le dijo: «Así, ¿tú piensas, Cármides, que, porque tú no sepas qué podía entender con ello el que dijo que cordura era ocuparse de lo de uno mismo, en fin, que tampoco lo sabe él?»

«Pero, mi buen Cricias», le dije yo, «que él no lo sepa nada de extraño tiene, tan joven como es; pero tú, en cambio, bien puede suponerse que lo sepas, así por razón de tu edad como de tus estudios. Si estás de acuerdo pues en que cordura sea lo que ése dice y te haces cargo de la discusión, lo que es yo, con mucho

más gusto examinaré contigo si es verdad o si no lo es lo que se ha dicho.»

«Pues cierto que estoy de acuerdo», dijo, «y me hago cargo de la discusión.»

«Bien, pues y que me place», le dije yo, «que así lo hagas; conque sigue respondiendo: ¿también en lo que hace un momento preguntaba yo estás de acuerdo, en que los técnicos y los obreros todos hacen algo?»

«Lo estoy, sí.»

163 «¿Te parece pues que sólo las cosas de ellos mismos hacen, o que también las de los otros?»

«También las de los otros.»

«¿Son cuerdos y juiciosos pues al no hacer tan sólo las de ellos?»

«Pues y ¿qué inconveniente hay?», repuso.

«Para mí ninguno, desde luego;», le dije yo, «pero mira a ver no vaya a haberlo para aquél que, partiendo de que cordura es ocuparse de lo de uno mismo, luego dice que no hay inconveniente en que también los que se ocupan de las cosas de los otros sean cuerdos.»

«Pues sí, va a resultar ahora» dijo «que reconozco ya que los que se ocupan de las cosas de los demás son cuerdos por el hecho de que haya reconocido que los que las hacen sí lo son.»

«Escúchame», le dije, «¿no entiendes lo mismo por “hacer algo” y por “ocuparse de algo”?»

«Pero y claro que no», me respondió, «ni tampoco, por cierto, por trabajar y por hacer: que de Hesíodo lo aprendí, el cual decía que ningún trabajo era afrenta: ¿crees pues que, si entendiera él lo mismo por “trabajar” y por “ocuparse de” tareas tales como las que ahora mismo enumerabas, habría dicho que no cabía afrenta para ningún hombre que estuviera cortando suelas o haciendo salazones o subido en un andamio? A buen seguro que no es de creer tal cosa, Sócrates, sino que él también — pienso yo — consideraba la producción cosa distinta de la actividad y de la elaboración, y que el producto sí que

resulta afrenta algunas veces, cuando no sale con los rasgos de la hermosura y lo bien hecho, mientras que el trabajo o la labor no es afrenta ninguna nunca: pues eran los objetos que se hacen bien y provechosamente los que llamaba obras o trabajos, así como elaboraciones y también actividades u ocupaciones tales formas de producción. Y es, desde luego, de afirmar que asimismo sólo tales modos de hacer los consideraba él propios, y todos los malos y dañosos, en cambio, ajenos. De manera que hay que creer que tanto Hesíodo como otro cualquiera que sea inteligente será al que haga y se ocupe de lo propio de él al que tengan por juicioso y cuerdo.»

«Cricias», le dije yo, «ya nada más empezar tú a hablar, comprendía más o menos por dónde iba el razonamiento, en el sentido de que las cosas propias y de uno mismo las hacías sinónimas de buenas y que las realizaciones de las cosas buenas las llamabas ocupaciones o actividades: que ya también a Pródico le tengo oídos mil propósitos como éstos cuando se pone a hacer distinguos sobre los significados de las palabras. Pues bien, yo te concedo que establezcas como quieras el significado de cada una de las palabras, con tal solamente de que aclares a qué vas a referir cualquiera de los nombres que vayas empleando. Ahora pues, volviendo al principio, decídetes a definir más netamente: ¿es o no a la ocupación o actividad o producción, o como quieras denominarla, de las cosas buenas a lo que llamas tú cordura y buen juicio?»

«Sí, a eso es», me dijo.

«No es cuerdo pues el que hace las cosas malas, sino el que las buenas.»

«Pues y a ti, mi buen Sócrates», me dijo él, «¿no te parece así?»

«Ea, ea», le dije yo, «que no es todavía lo que a mí me parece lo que estamos examinando, sino lo que tú dices por ahora.»

«Bien, pues yo, en todo caso», dijo, «lo que digo es que el que no haga lo bueno, sino lo malo, no es cuerdo ni juicioso, y que el que lo bueno, y no lo malo, ése es juicioso y cuerdo: pues es el ocuparse en las buenas actividades lo que con toda claridad te defino como cordura.»

164 «Y aun bien puede ser, por cierto, que nada se oponga a que digas verdad en eso. Hay, con todo, una cosa», le dije, «que sí que me extraña, y me pregunto si crees tú que los hombres que son cuerdos ignoran que son cuerdos.»

«Pues no, no lo creo», dijo.

«¿No eras tú hace un poco», le dije yo, «el que decía que los técnicos y obreros nada se oponen a que, aun haciendo las cosas de los otros, se comporten cuerdamente?»

«Pues sí, yo lo decía», contestó, «pero y eso ¿qué?»

«Nada. Pero dime ahora si te parece que un médico, al sanar a uno, está haciendo algo útil así para sí mismo como para aquél al que esté sanando.»

«Me lo parece.»

«Y entonces, como es debido está actuando el que de esa manera actúa.»

«Sí, así es.»

«El que actúa como es debido ¿no obra cuerdamente?»

«Sí, cuerdamente obra.»

«¿Es pues forzoso que al mismo tiempo sepa el médico cuándo está curando beneficiosamente y cuándo no? ¿Y asimismo que sepa cada uno de los técnicos y obreros cuándo va a sacar provecho de la obra que esté haciendo y cuándo no?»

«Tal vez no lo sea.»

«Algunas veces pues», dije yo, «habiendo actuado beneficiosamente el médico o perjudicialmente, no tiene conciencia él mismo de que así ha actuado; y sin embargo, habiendo actuado beneficiosamente, según tus ra-

zones, cuerda y juiciosamente ha actuado. ¿O no es así como decías?»

«Sí así decía.»

«Entonces, a lo que parece, hay veces que, habiendo obrado beneficiosamente, obra, sí, cuerdamente y es cuerdo y juicioso, pero ignora él mismo que sea juicioso y cuerdo.»

«Ah, eso, Sócrates, desde luego», dijo, «no puede suceder jamás; no, sino que si crees tú que alguna de las afirmaciones en que hasta aquí me he manifestado de acuerdo lleva forzosamente a ese resultado, antes habré yo de retirar alguna de ellas (y no he de avergonzarme de reconocer que estoy equivocado en lo que he dicho), mejor que no haber nunca de reconocer que puede un hombre sin saberlo él mismo ser cuerdo ni juicioso. Pues casi lo que yo vengo a decir es que eso justamente es la cordura y el buen juicio, el conocerse uno mismo; y coincido así con aquel que en el templo de Delfos colgó aquel letrero que dice algo como eso; que, en efecto, el letrero ese así me parece a mí que está allí colgado, como si fuera, en suma, una salutación del dios a los que entran, en lugar de la de "¡Salud!", dándose a entender que esa salutación no es acertada, la de "¡Salud!", y que no es eso lo que debemos mandarnos tener unos a otros, sino cordura. Así es, en fin, como el dios saluda a los que entran en el santuario, de otro modo que los hombres, según entendía al colgar el letrero el que lo colgara, a lo que me parece; y así le manda a cada uno de los que van entrando no otra cosa sino "¡Cordura!"; así les dice. Sólo que, en fin, lo dice, como es propio de un dios adivino, un poco a modo de adivinanza: pues lo de "Conócete a tí mismo" y lo de "Ten cordura" son de cierto la misma cosa, según las letras lo afirman y yo también; pero quizá que alguno pueda creer que son cosa distinta; que es al fin y al cabo lo que me parece que les pasó también a los que colgaron los letreros posteriores, el de "Nada con demasia" y el de "Fianzas, y

ahí la ruina"; que es que éstos creyeron que era un consejo lo de "Conócete a tí mismo", y no una salutación del dios para los que entraran; y así fue que entonces, para no dejar ellos de poner también consejos provechosos, escribieron éstos y los colgaron. Así que, en fin, adonde voy con todo lo que digo, Sócrates, es a lo siguiente: que en lo que hasta aquí se ha discutido, en todo dejo por tuyo el campo (que acaso en algo tenías tú más razón en ello, y acaso yo, pero de claro no había nada en todo lo que decíamos), y es ahora ese otro parecer el que ante ti quero defender y razonar, si es que no estás de acuerdo en que cordura sea el conocerse uno a sí mismo.»

«Pero, Cricias, tú», le dije yo, «te plantas frente a mí como si yo afirmara que sé las cosas por las que pregunto y como si pudiera al fin, en cuanto así lo quisiera, estar de acuerdo contigo. Pero la cosa no es así, sino que, si voy investigando con ayuda tuya lo que se nos va proponiendo, es debido a que por mi parte no lo sé. Será pues después de haberlo examinado cuando estaré pronto a decir si estoy de acuerdo o si no lo estoy. Ea, conque conténte hasta tanto que lo haya examinado.»

«Ve examinándolo de una vez», me dijo.

«Y a bien que sí», le dije yo, «que voy examinándolo. Pues ello es que, si a fin de cuentas la cordura consiste en conocer algo, es claro que habrá de ser una especie de saber o ciencia, y saber de algo; ¿o no?»

«Sí que lo es», me respondió, «de uno mismo.»

«Y veamos, también la medicina», dije, «es un saber o ciencia, sobre lo tocante a la salud.»

«Sí, sin duda.»

«Pues bien, si tú», le dije, «me preguntaras así: "La medicina, saber de lo tocante a la salud como es, ¿en qué nos es útil y qué es lo que produce?", te respondería que beneficio no pequeño, pues que es la salud, efecto santo y bueno para nosotros, lo que produce; si es que aceptas tal contestación.»

«La acepto.»

«Bien, pues igualmente, si me preguntaras por la arquitectura, ciencia y saber de la edificación, cuál es el efecto que, a mi parecer, produce, habré de responderte que edificios. Y así del mismo modo con las otras técnicas o artes. Justo es pues que tú asimismo sobre la cordura, puesto que dices que ella es saber o ciencia de uno mismo, estés dispuesto a responder si se te pregunta "Cricias, la cordura, saber de sí mismo como es, ¿qué santo y buen efecto nos produce y digno de su nombre?" Hale pues, responde.»

«Ah, pero es que, Sócrates», me dijo, «no estás investigando como es debido: que no es ésa igual por su modo de ser a las otras ciencias o saberes, como tampoco, por cierto, las demás las unas a las otras; mientras que tú llevas la investigación como si fueran iguales todas. Porque, a ver, dime tú», me dijo, «del arte del cálculo o de la geometría ¿qué producto hay en el mismo sentido que lo es un edificio de la arquitectura o un vestido del arte de tejer, u otras muchas obras por el estilo que de muchas técnicas se podrían señalar como productos? ¿Qué, puedes tú indicarme igualmente para esas artes algún producto del mismo tipo? Pero no, no podrás.»

166

Conque yo le respondí que «Verdad es lo que dices; pero una cosa sí que puedo indicarte, a saber, de qué cosa es saber o ciencia cada una de esas técnicas y saberes: la cual resulta justamente que es otra cosa distinta de la ciencia o saber mismo; como, por ejemplo, el arte del cálculo puede decirse que es saber de los cálculos justos y de los residuales, de en qué relación están aquéllos entre sí y en cuál éstos con aquéllos. ¿No es así?»

«Sin duda, sí», me dijo.

«Y eso, siendo el cómputo justo y el residual, los números pares y los nones, una cosa distinta de la propia técnica del cálculo.»

«Pues claro está.»

«Asimismo, por supuesto, la técnica de la pesada es técnica de pesar lo más pesado y lo más ligero; y cosa

diferente son lo pesado y lo ligero de la técnica del peso misma. ¿Estás de acuerdo?»

«De acuerdo, sí.»

«Y dime, en fin, igualmente: la cordura o buen juicio es saber ¿de qué cosa que cumpla la condición de ser diferente de la cordura misma?»

«Ahí está la cosa, Sócrates:», me dijo, «hete justamente llegado en tu búsqueda al punto en que difiere de todas las ciencias y saberes la cordura; mientras que tú andas buscando alguna semejanza que ella tenga con las otras. Pero no es así el caso, sino que, mientras todos los demás saberes son saberes de otra cosa, ella es la única que es ciencia y saber así de los demás saberes como de sí misma. Y de esto no eres tú ignorante — qué vas a serlo —, no, sino lo que creo es que, lo que decías antes que no hacías, eso es lo que estás haciendo: que estás tratando de refutarme a mí, dejando de lado aquello sobre lo que versaba el razonamiento.»

«Pero ¡qué cosas piensas!», le contesté, «creyendo que, por más que te esté refutando con el mayor empeño, te refute con otro fin ninguno que el de poder también a mí mismo escudriñarme, a ver qué es lo que hay en lo que pienso, temiendo no vaya a ser que esté, sin darme cuenta, creyendo saber algo y no le sepa. Conque, en fin, yo ahora pues eso es lo que estoy haciendo — te digo —, sometiendo a examen nuestro razonamiento, sobre todo, cierto, con miras a mí mismo, aunque, en fin, también quizá para otras personas de mi aprecio y trato. ¿O no crees tú que viene a ser, por así decir, un bien común para todos los hombres el que vaya quedando en claro cómo es cada una de las cosas que son?»

«Y aun es muy de veras», dijo, «qué lo creo, Sócrates.»

«Bien, pues ánimo, bendito de Dios», le dije yo, «y, respondiendo a lo que se te pregunta tal como te parezca, deja en paz eso de si es a Cricias o si es a Sócrates a quien se le refuta; no, sino, poniendo atención al

razonamiento mismo, ve mirando por dónde va a poder él salir de la refutación a la que se le someta.»

«Pues sí», dijo, «así lo haré; que me parece razonable lo que dices.»

«Bien, pues sigue:», le dije yo, «acerca de la cordura ¿cómo es lo que dices?»

«Pues bien, lo que digo», respondió, «es que es la única entre todas las ciencias o saberes que es ella misma saber de sí misma y de los demás saberes.»

«Entonces», le dije, «tendrá que ser también saber y entendimiento de la ignorancia, si es que del saber lo es.»

«Sí, sin duda», dijo.

167 «El hombre cuerdo y juicioso pues es el único que se conocerá a sí mismo y estará en condiciones de averiguar qué es lo que en un momento dado sabe y qué es lo que no, así como igualmente a los demás será capaz de examinarlos a ver qué es lo que cada uno sabe y qué es lo que no, aunque cree que sí, puesto que sabe también qué es lo que él mismo cree saber, pero no lo sabe; y no habrá otro ninguno que pueda hacerlo. Conque eso es, en fin, lo que es el ser cuerdo y lo que es cordura y la cosa que a sí misma se conoce: el saber lo que sabe y lo que no sabe. ¿Es o no es eso lo que dices?»

«Eso es», me respondió.

«Pues bien, otra vez más», proseguí yo, «— a la tercera va la vencida —, como de nuevas, examinemos lo primero si es posible que se dé tal cosa o no (lo de saber que sabe lo que sabe y que no sabe lo que no sabe), y después, dado caso que ello sea posible, cuál puede ser el beneficio que nos provenga de saberlo.»

«Pues sí», dijo, «hay que examinarlo.»

«Ea pues, Cricias», le dije yo, «mira a ver si logras aclararte un poco más que yo sobre el asunto; porque lo que es yo, me encuentro a oscuras; mas cómo son mis oscuridades ¿quieres que te lo explique?»

«Cierto que sí», me dijo.

«Qué remedio pues», le dije yo, «sino que haya de

darse todo eso, si es que es eso que ahora mismo decías: un cierto saber, único, que no es saber de otra cosa alguna que de sí mismo y de los demás saberes, y en fin, también de la ignorancia al mismo tiempo él mismo.»

«Así ha de ser, sin duda.»

«En fin, ya ves qué cosa tan absurda es esa de la que estamos hablando, camarada: pues si en otros casos te pones a considerar esa misma situación o por el estilo, habrá de parecerte, a lo que creo, que ello es imposible.»

«Pues y ¿cómo? ¿y en qué casos?»

«En los siguientes: que es que figúrate si te parece a ti que haya una especie de visión que de los objetos que lo son las otras visiones, de esos objetos no es visión, pero de sí misma y de las demás visiones sí que es visión, y asimismo de las no-visiones; así que de colores ninguno ve, siendo como es visión, mientras que en cambio se ve a sí misma y a las demás visiones: ¿te parece que haya alguna tal visión como ésa?»

«A mí, a fe mía, no por cierto.»

«¿Y una audición que voz ninguna ni ruido oye, mientras que se oye a sí misma y a las otras audiciones, y también a las no-audiciones?»

«No, tampoco eso.»

«En fin, en una palabra, mira a ver con respecto a todas las sensaciones y sentidos si te parece que haya alguna que sea sensación de sensaciones y de sí misma, pero sin sentir, en cambio, nada, en suma, de las cosas que las otras sensaciones sienten y perciben.»

«A mí, desde luego, me parece que no.»

«Pues y deseo ¿te parece que haya alguno que de placer ninguno sea deseo, sino deseo de sí mismo y de los demás deseos?»

«No, ciertamente que no.»

«Ni tampoco, por supuesto — me parece a mí —, una voluntad que cosa ninguna quiera, pero que se quiera a sí misma y a las otras voluntades.»

«Pues no, tampoco.»

«Y en amor, ¿puedes pensar en alguno que haya de tal condición que, no siendo amor de cosa hermosa ninguna, lo sea de sí mismo y de los demás amores?»

«Yo no», dijo, «no puedo.»

168 «Y miedo ¿te ha ocurrido alguna vez imaginar un miedo que se teme a sí mismo y a los otros miedos, pero que de las cosas temibles no hay ninguna a la que tema?»

«Nunca me ha ocurrido tal cosa», respondió.

«¿Y una creencia que es creencias de creencias y de sí misma, pero no cree en ninguna de las cosas en que las otras creencias creen?»

«En manera alguna.»

«Pero he aquí que de saber y ciencias, por el contrario, decimos, por lo visto, que hay uno de esa condición, que de ningún conocimiento es ciencia ni saber, sino saber de sí mismo y de los demás saberes.»

«Pues sí, así decimos.»

«Conque entonces es algo insólito y absurdo, si es que de verdad es algo. Pues no querrás de ningún modo que pasemos a afirmar que no lo es, sino que sigamos todavía examinando si lo es o no.»

«Tú lo has dicho.»

«Vamos con ello pues: es, por lo pronto, ese saber, saber de algo, y tiene alguna capacidad o posibilidad como para serlo así: con respecto a algo. ¿No es así?»

«Sí, sin duda.»

«Que es que también lo mayor decimos que tiene una cierta capacidad o posibilidad de ser mayor con respecto a algo.»

«Pues sí, la tiene.»

«Y con respecto, entonces, a algo menor, si es que ha de ser mayor que ello.»

«Por fuerza.»

«Si encontramos pues una cosa que es mayor, la cual es mayor con respecto a las mayores y a sí misma, pero no mayor que ninguna de las cosas con respecto a las

que las demás cosas mayores son mayores, mírese por donde se mire, una condición, por lo menos, tiene que darse en ella: que, si es que respecto a sí misma es mayor, también sea menor respecto a sí misma. ¿No es así?»

«De toda necesidad, Sócrates», me dijo.

«Y también, entonces, si algo es doble de los demás dobles y de sí mismo, será, en fin, sea como sea, siendo la mitad de sí mismo y de los demás como pueda ser doble respecto a sí y a ellos: pues doble, sea como sea, no lo es con respecto a otra cosa que a la mitad.»

«Así es verdad.»

«Y siendo más que sí mismo, ¿no ha de ser también menos, y, siendo más pesado, más ligero, y, más viejo, más joven, y así lo mismo todas las demás cosas, en cuanto que algo ejerza su propia capacidad o posibilidad con respecto a sí mismo, no habrá de tener también la correspondiente objetividad o ser con respecto a la que se daba su potencia o posibilidad? Pero mira lo que quiero decir: por ejemplo, la audición no es —decimos— audición de otra cosa ninguna sino de ruido. ¿No es así?»

«Sí, así es.»

«Y entonces, si es que ella ha de oírse a sí misma, será haciendo ella ruido como a sí misma se oiga: pues de otro modo no puede oír.»

«Sin más remedio.»

«Y también la vista, por cierto, mi buen Critias, sea como sea, si es que ha de verse ella a sí misma, fuerza es que tenga ella algún color o faz visible: pues cosa sin color ni faz no hay cuidado de que vista alguna la vea nunca.»

«Pues no, en efecto.»

«Ya ves pues, Critias, que de todas las cosas que llevamos recorridas, las unas se nos aparecen de todo en todo imposibles, y las otras se prestan a dudar muy mucho de que puedan nunca ejercer su propia posibilidad respecto de sí mismas. Pues, lo primero, con tamaños y

con cantidades y cosas por el estilo ello es completamente imposible. ¿O no?»

«Sí, del todo.»

169 «Pero, a su vez, la audición y la visión, y aun también aún igualmente el movimiento, que él se mueva a sí mismo, y el calor, que se caliente, y todos uno por uno los casos de ese tipo, a los unos habrán de hacerse increíbles, aunque quizás a alguno no. En fin, que se necesita, amigo mío, un hombre de mucho empuje para que llegue en todos los casos a establecer con certeza esa distinción de si ninguna de las cosas que son algo tiene la condición de ejercer su propia potencia sobre sí misma (salvo el caso del saber o ciencia), sino siempre respecto de otra cosa, o si hay unas que sí y otras que no; y en segundo lugar, si las hay, cualesquiera que sean, que tengan esa relación consigo mismas, si entre ellas está el saber en el que, en fin, decimos nosotros que consiste la cordura. Yo, por lo pronto, no confío en que sea capaz yo mismo de llegar a esas decisiones; por lo cual, ni, aun en el caso de que sea posible que se dé eso de que haya un saber del saber, estoy en condiciones de afirmarlo, ni, aun dadas todas las seguridades de que lo haya, estoy dispuesto a admitir que sea eso la cordura, hasta que no haya examinado si puede, siendo eso, aportarnos algún beneficio o si no: pues, en efecto, la cordura, en fin de cuentas, conjeturo que ha de ser algo beneficioso y bueno. Así que tú, hijo de Calestro (pues que te declaras partidario de que la cordura sea eso, saber de saber, así como también, en último término, de no saber), lo primero, demuestra que eso es posible (si posible es que llegues tú a ofrecer la prueba a la que hace un momento me refería), y luego, además de lo de posible, que es también beneficioso: y así tal vez me satisfagas y convenzas de que tienes razón en lo que dices de la cordura y lo que ella es.»

Conque Cricias, al oír aquello y al verme hundido en la incertidumbre, tal como el que ve bostezar al que tie-

ne enfrente se pone por contagio a bostezar lo mismo, así él me pareció que, por mor de la incertidumbre en que yo me hallaba, se veía empujado a dejarse él también ganar por la incertidumbre. Dada pues la buena fama de que por doquier gozaba, tenía vergüenza de los presentes, y mientras que no quería, por un lado, reconocerme que era incapaz de llegar a las decisiones que le invitaba yo a establecer, por el otro, no decía nada claro, tratando de disfrazar la incertidumbre. A lo cual yo, para que siguiera adelante nuestro razonamiento y conversación, le dije: «Bueno, pues, si te parece, Cricias, convengamos por ahora en eso de que es posible que se dé un saber de saber; y ya en otra ocasión examinaremos si es así la cosa o si no lo es. Ea pues, en fin, veamos: supuesto ya que es posible eso, ¿qué se adelanta con ello para que pueda darse que sepa uno lo que sabe y lo que no sabe? Pues, en fin, eso viene a ser lo que decíamos que era el conocerse a sí mismo y el ser cuerdo. ¿No es así?»

«Sin duda que sí», me respondió, «y aun, por cierto, que —digo yo—, Sócrates, que cuadra bien la cosa: que es que, si uno posee un saber que se conoce a sí mismo él mismo, habrá de ser también él tal como es justamente aquello que posee: al modo que, cuando uno tenga velocidad, será veloz, y cuando hermosura, hermoso, y cuando conocimiento, conocedor; y así, en fin, cuando tenga uno un conocimiento que se conozca a sí mismo, entonces será él mismo alguien que a sí mismo se conozca.»

«No es eso», dije yo, «lo que tengo en duda, que no sea cierto que, cuando uno posea lo que a sí mismo se conoce, se conozca él a sí mismo, sino, poseyendo eso, qué es lo que hace que por fuerza haya de saber lo que sabe y lo que no sabe.»

170 «Porque es que, Sócrates, la misma cosa es eso que lo otro.»

«Quizá», le dije, «pero es que yo debo de ser siem-

pre el mismo: que es que no alcanzo a percibir que sea lo mismo saber lo que sabe y no saber lo que no sabe que saber qué es lo que uno sabe y qué es lo que no sabe.»

«¿Cómo dices?», me preguntó.

«Atiende cómo:», le dije yo, «un saber — digo yo — que sea saber de saber ¿será acaso capaz de averiguar más cosa sino que, de entre unos objetos dados, éste es saber y estotro no es saber?»

«No, sino eso, ni más ni menos.»

«¿Es, entonces, lo mismo [siendo saber del saber y del no saber], que el saber del saber y del no saber de lo tocante a la salud y que el saber del saber y del no saber de lo tocante a la justicia?»

«De ninguna manera.»

«No, sino que lo uno — digo yo — será medicina, y lo otro política, mientras que aquello, ninguna otra cosa sino saber.»

«Pues sí, sin más remedio.»

«Conque entonces, en caso de que uno, además de saber, no sepa de lo tocante a la salud o a la justicia, sino que sólo sepa del saber, como que de lo único que tiene saber es de eso, por lo pronto, que algo sabe y que tiene algún saber, eso podrá seguramente conocerlo, tanto en sí mismo como en los demás. ¿No es eso?»

«Sí.»

«Pero en cambio, qué es lo que conoce ¿cómo con ese saber que tiene va a saberlo? Porque, en fin, si conoce lo referente a la salud, es por la medicina, y no por la cordura, y si lo referente a las armonías, por la música, y no por la cordura, y si lo referente a la edificación, por la arquitectura, y no por la cordura, y así con todas las cosas. ¿No es así?»

«Así parece.»

«Pero por cordura, si es que lo único que es es un saber de saberes, ¿cómo va a saber que conoce lo referente a la salud o lo tocante a la construcción?»

«No se ve cómo.»

«No sabrá, por tanto, lo que sabe quien eso ignore, sino que sabe solamente.»

«Por lo visto.»

«No será, por tanto, eso en lo que consiste el ser cuerdo o juicioso ni lo que sea la cordura, el saber lo que uno sabe y lo que no sabe, sino solamente que sabe y que no sabe.»

«Así va a tener que ser.»

«Tampoco pues respecto a otro será ese hombre capaz de averiguar, cuando aquél proclamé que sabe y entiende en algo, si sabe de lo que dice que sabe o si no sabe de tal cosa, sino que lo único que sabrá, según parece, es que tiene algún saber, pero de qué cosa, desde luego, la cordura no ha de hacérselo conocer.»

«No, parece que no.»

«Ni, por lo tanto, al que presuma de ser médico sin serlo y al que de verdad lo sea será capaz de diferenciarlos, ni a ningún otro de los sabedores y entendidos de los que no lo sean. Pero examinemos la cosa partiendo de la suposición siguiente: si ha de distinguir el hombre cuerdo, o cualquiera otro que sea, al que es de veras médico y al que no, ¿no es cierto que lo que tendrá que hacer será conversar con él sobre medicina, a fin de cuentas?: pues de nada entiende, según decíamos, el médico más que de lo tocante a la salud y a la enfermedad. ¿o no?»

«Sí, así es.»

«Mientras que, en cambio, sobre saber, por cierto, nada sabe, sino que eso, en suma, se lo hemos atribuido exclusivamente a la cordura.»

«A la cordura, sí.»

«Ni siquiera de medicina sabe pues [que sabe] el médico, desde el momento que se da la condición de que
171 la medicina es un saber.»

«Así es verdad.»

«Conque, en fin: que algún saber posee, eso el

cuerdo lo conocerá en el médico; pero, en viniéndose a requerir pruebas de cuál es ese saber ¿tendrá otro recurso sino examinar sobre qué cosas su saber versa? ¿O no es por eso por lo que queda definido cada saber, no ya en cuanto a que sea saber, sino en cuanto a qué saber es: por el hecho de que lo sea de determinadas cosas?»

«Pues sí, por eso es.»

«Y así la medicina, en fin, se definió como distinta de los demás saberes por el hecho de ser saber de lo tocante a la salud y a la enfermedad.»

«Sí, claro.»

«Y entonces, es en esos ámbitos donde por fuerza habrá de examinar quien quiera examinar el saber médico: en aquéllos en donde está. Pues en fin —digo yo—, no va a ser, por cierto, en los de fuera, en aquellos donde no está.»

«No, desde luego.»

«Es pues en los referentes a salud y a enfermedad donde ha de examinar al médico, en cuanto médico, el que examine como es debido.»

«Por lo visto.»

«Y eso será, entonces, examinando, entre las cosas que en ese ámbito se digan o se hagan, si las que se dicen se dicen con verdad y si las que se hacen se hacen debidamente.»

«Sí, por fuerza.»

«¿Acaso pues, sin saber de medicina, habrá de poder uno en esos asuntos hacerse cargo de lo uno ni de lo otro?»

«No, desde luego.»

«Ni tampoco, por cierto, otro ninguno, a lo que parece, salvo el médico; y tampoco, en fin, el juicioso y cuerdo: pues si no, tendría que ser médico, aparte de su cordura.»

«Eso es cierto.»

«Mírese pues por donde se mire, si la cordura es sa-

ber de saber tan sólo y de no saber, ni será capaz de discernir al médico que entiende en lo propio de su técnica o que no entiende, sino que lo finge o que se lo cree, ni a otro ninguno de los que entienden y saben de algo, sea de lo que sea, salvo —eso sí— al colega de su mismo arte, igual que los demás técnicos y artífices.»

«Eso parece», dijo.

«¿Cuál será pues, Cricias», le dije yo, «el beneficio que podamos nosotros todavía sacar de la cordura, siendo ella algo como eso? Pues, ciertamente, si —lo que suponíamos al principio—, supiera el cuerdo de lo que sabe y de lo que no sabe, de aquello que lo sabe y de esto que no lo sabe, y a otro que se encontrara en ese mismo caso fuera capaz de examinarlo, en gran manera —estamos seguros— sería beneficioso para nosotros el ser cuerdos y juiciosos: pues libres de errores y de fallos pasaríamos la vida, tanto nosotros, los que poseyéramos la cordura, como los otros todos que regir por nosotros se dejaran; que ni nosotros intentaríamos actuar en lo que no entenderíamos, sino que, descubriendo a los que entendieran, a ellos les confiaríamos la cosa, ni a los otros a quienes rigiéramos les encomendaríamos actuar en otra cosa alguna que aquello en que actuando hubieran de actuar bien (y eso sería aquello de lo que tuvieran saber y entendimiento), conque así, en fin, una casa administrada por la cordura habría de estar bien administrada, y un estado gobernado, y así cualquier otra cosa en la que imperara la cordura: pues, eliminado ya el error y rigiendo el acierto todo, fuerza es que en toda actuación altamente y bien actúen los que estén en esas condiciones, y que los que bien actúen y les vayan bien las cosas sean dichosos y felices. ¿No es eso, Cricias», le decía yo, «lo que queríamos decir acerca de la cordura cuando hablábamos de cuán beneficioso era el saber lo que sabe uno y lo que no sabe?»

«Pues sí, eso justamente», respondía.

«Pero de hecho», le dije yo, «ya ves que ahora queda

demostrado que no hay modo de que, siendo ella tal como decimos, sea ciencia ni saber ninguno.»

«Ya veo», dijo.

«¿Será acaso entonces», dije yo, «que ése sea el beneficio que aporte lo que ahora vamos descubriendo que es la cordura, lo de saber de saber y de no saber, esto es, que el que tal cordura posea, cualquier otra cosa que aprenda, la aprenderá más fácilmente y todas las cosas se le aparecerán más nítidas y claras, como que, aparte de cada cosa que vaya aprendiendo, tendrá además la visión del saber mismo, y que también a los demás, en fin, los examinará más cumplidamente en las cuestiones que él también haya estudiado, mientras que los que sin eso se pongan a examinar lo harán más flojamente y con menos lucimiento? ¿Serán acaso, querido Cricias, unos cuantos beneficios como ésos los que sacaremos de la cordura, y que nosotros tenemos miras demasiado altas y andamos buscando que sea ella algo más grande de lo grande que es?»

«Y quién sabe», dijo, «puede que así sea.»

«Tal vez», le dije yo, «pero tal vez lo que pasa es que la investigación que hemos hecho no vale nada. Y de mí sé decir que unas cuantas cosas absurdas se me aparecen en la cordura, si ella es tal como decimos. Pues vamos a ver, si quieres, partiendo de que aceptamos que es posible así entender de entendimiento como saber saber, y aun aquello, por cierto, que de principio conveníamos en que era la cordura, lo de saber lo que se sabe y lo que no se sabe, no renunciemos a ello, sino démoslo por concedido; y aun, concedido todo eso, examinemos aún mejor que antes si es que va además a sernos de algún provecho siendo una cosa así: porque aquello que hace un poco decíamos, de que un gran beneficio había de ser la cordura, si fuera tal como pensamos, sirviendo a regir la administración así de una casa como de un estado, no me parece, Cricias, que hayamos hecho bien en establecer tal cosa.»

«¿Cómo? ¿Y eso?», dijo él.

«Que es que», le dije, «muy fácilmente hemos acordado que sea algún beneficio para los hombres que todos nosotros sea las cosas que cada uno sepa las que haga y a las que se dedique, y que en las que no entienda, ésas se las dé a hacer a otros, a los que sepan y entiendan de ellas.»

«Pues ¿y no hemos hecho bien», dijo, «al acordar eso?»

«No me parece a mí», le dije.

«Absurdo es eso que dices verdaderamente, Sócrates», me dijo él.

«Sí que lo es, a fe de un turco», dije, «y a mí, de cierto, así me lo parecía ya entonces mismo, y luego hace un momento, parándome a considerarlo, cosas por cierto absurdas me decía yo que se me aparecían, y absurdo aquello de que temiera que no estuviéramos examinando la cosa como es debido. Pues, a decir verdad, dado ya caso que sea algo como eso la cordura, no me parece a mí nada claro cuál sea el beneficio que ella nos produce.»

173

«¿Cómo qué?», me dijo, «Explicate, que también los demás nos enteremos de qué es lo que estás diciendo.»

«Para mí que lo que me pasa», dije yo, «es que estoy delirando. Sin embargo, ello es que lo que a uno en vislumbres se le aparece no hay más remedio que examinarlo, y no sin más darlo de lado por las buenas, por poca estima por lo menos que uno tenga de sí mismo.»

«Pues claro», dijo, «es justo lo que dices.»

«En fin, escucha pues», le dije, «este sueño mío, ya sea él venido por la puerta de cuerno o ya por la de marfil. Que es que, dado caso que imperara sobre nosotros la cordura, siendo ella tal como ahora la estamos definiendo, ¿pasará más sino que todo se hará según los saberes correspondientes, y que ni timonel ninguno, que pretenda serlo, pero no lo sea, podrá más engañarnos, ni médico ni estrategia ni otro ninguno podrá ya disimular que

está presumiendo de saber algo que no sabe?; como consecuencia, en fin, de semejante situación, ¿nos sucederá a nosotros otra cosa sino que estemos de cuerpo más sanos que no ahora, y que en los peligros de la mar y en los de la guerra salvemos nuestras vidas, y que nuestros muebles y vestimenta y calzado de toda clase y todos los enseres estén con arte y a conciencia fabricados, y así muchas otras cosas, gracias a disponer de verdaderos técnicos y artifices, y si quieres, por cierto, que también la adivinación convengamos en que sea una técnica y saber de lo que va a pasar, que asimismo la cordura, estando sobre ella y dirigiéndola, a los charlatanes los aleje de nosotros, y a los adivinos de veras los erija en profetas de lo venidero? Ya, en fin, organizada de ese modo la raza humana, que habrá ella de actuar y de pasar la vida científicamente y según saber, eso bien se me alcanza (pues la cordura, vigilante, no ha de dejar que, introduciéndose entre nosotros, la ignorancia colabore en nuestras obras), pero que, actuando y llevando por ciencia y saber la vida, hayamos de obrar y vivir bien y de ser felices, eso no alcanzo todavía a comprenderlo, mi querido Cricias.»

«Pues sin embargo, el caso es», me dijo, «que difícilmente vas a hallar otro fin ninguno ni criterio del bien obrar y bien vivir, como desdeñes el de hacerlo según saber y ciencia.»

«Bien, pues entonces», le dije yo, «instrúyeme todavía sobre un pequeño punto: según saber y ciencia — dices — ¿de qué cosa?: ¿será el de la zapatería?»

«Por vida mía, no, no es eso lo que digo.»

«Pues el de la calderería.»

«Cómo va a ser ése.»

«Pues el de las lanas o las maderas o alguna otra cosa por el estilo.»

«No, desde luego no.»

«Pues entonces», le dije yo, «no nos mantenemos ya fieles a aquella razón de que era feliz el que vivía por

174 saber y ciencia; pues éstos que hemos mentado, viviendo por saber y ciencia, no se ganan el asentimiento de tu parte a que felices sean; no, lo que me parece a mí es que estás limitando la definición del ser feliz al que vive según saber y ciencia sobre ciertas cosas. Y a lo mejor quieres referirte al que decía yo hace un poco, al que sabe todo lo que va a pasar, al adivino. ¿Es a ése o a algún otro al que te refieres?»

«Me refiero a ése, sí», me dijo, «y también a otro.»

«¿A cuál?», le dije yo. «¿No será al que reúna las condiciones de que, además de las cosas venideras, sepa también todas las que han pasado y las que hay ahora, y que nada desconozca? Porque pongamos que haya alguien que sea ése: que no dirás — creo yo — que más que ése haya nadie que viva según saber y ciencia.»

«No, desde luego.»

«Una cosa hay, para terminar, que echo todavía en falta, que es saber cuál de los adivinos lo sabe mejor. ¿O son todos por un igual?»

«De ningún modo por un igual», me dijo.

«Pues ¿cuál es el que más?: será por el que sepa ¿qué cosa acerca así de las que hay como de las pasadas como de las que van a suceder?: ¿por el que sepa acaso lo referente a las tiradas del tejuelo?»

«Qué tejuelos», dijo, «ni tejuelos.»

«Pues ¿por el que sepa lo tocante al cálculo?»

«Nada de eso.»

«Pues ¿por el que lo referente a la salud?»

«Algo más que los otros.»

«Pero aquel saber que digo que lo hace más feliz que ninguno», le dije yo, «es aquél por el que sabe ¿qué?»

«Por el que sabe lo referente al bien», me respondió, «y al mal.»

«Ah condenado», dije aquí yo, «hace no sé cuánto rato que me estás trayendo al retortero, ocultándome que no era el vivir según saber y ciencia lo que hacía obrar

bien y acertar y ser feliz, ni aunque fuera el saber de todos los demás saberes en conjunto, como no fuera el único de que se trata, que es tan sólo el saber de lo referente al bien y al mal. Porque es que, Cricias, si tienes a bien excluir el saber ese del conjunto de los saberes, ¿va a dejar por ello en algo la medicina de hacernos estar sanos, y la zapatería de hacernos estar calzados, y la tejeduría vestidos, y la ciencia del pilotaje de impedirnos perecer en la mar, y en la guerra la de la estrategia?»

«No, en nada», dijo.

«Pero, ah querido Cricias, lo que sí pasará es que aquello de resultar bien cada una de esas cosas y beneficiosamente nos dejará abandonados, en faltando ese saber.»

«Eso sí es verdad.»

«Pero no se trata, desde luego, según parece, de la cordura esa que decíamos, sino de aquel saber cuya obra y efecto es el hacernos bien: que no es, por cierto, el saber de saberes y de no saberes, sino el del bien y el mal; de manera que, si es éste el que es beneficioso, tendremos que la cordura será otra cosa que beneficio.»

«Pero y ¿por qué», dijo él, «no va a sernos ella beneficiosa?: pues, si ello es que es saber de saberes la cordura, pero que domina y dirige a los demás saberes, también —digo yo—, al mandar sobre ese saber referente al bien, habrá ella de beneficiarnos.»

«¿Y que sea también ella», dije yo, «la que nos haga estar sanos, y no la medicina? Y también los demás efectos de las técnicas ¿será ella la que los produzca, y no las otras ciencias y saberes cada una el propio suyo? ¿O no veníamos proclamando ya hace rato que es tan sólo saber de saber y de no saber, pero no de otra cosa alguna? ¿No es así?»

«Sí, parece ser.»

«No será ella pues artífice de salud.»

«No, desde luego.»

«Porque la salud pertenece a otro saber o técnica: ¿o no?»

«Sí, a otro.»

«Tampoco pues de utilidad o beneficio, camarada: porque ese efecto a otra técnica o saber se lo hemos atribuido hace un momento. ¿No es así?»

«Sí, ni más ni menos.»

«¿Cómo entonces va a ser beneficiosa la cordura, no siendo artífice de beneficio alguno?»

«No se ve cómo, Sócrates, al menos a lo que parece.»

«Ya ves pues, Cricias, cómo con razón estaba yo desde hace rato temeroso y con motivo me culpaba a mí mismo de que nada valga la investigación que estoy llevando sobre la cordura: pues, en todo caso, no habría sucedido que aquello que se reconoce que es lo mejor y más alto de todas las cosas se nos apareciera como inútil si fuera útil yo y valiera para algo en esto de llevar una investigación con bien y lucimiento. Pero así...: porque es que de todo en todo estamos derrotados, y somos incapaces de descubrir a cuál diablos de las cosas del mundo le aplicó el legislador [que estableció la lengua] el nombre ese de "cordura". Y el caso es que acuerdos muchos, por cierto, son los que hemos tomado, que no nos daban resultado en el razonamiento: pues, lo uno, acordamos que fuera un saber de saber, a lo que no se avenía el razonamiento, diciendo que ni eso era; y a su vez luego vinimos en acordar que con esa especie de saber conocíamos las obras y efectos de los demás saberes, no consintiendo tampoco en tal cosa el razonamiento, para que al fin viniera a resultarnos el hombre cuerdo y juicioso sabedor de que las cosas que sabe las sabe y de que las que no sabe no las sabe; eso fue, en fin, y aun todos orondos y orgullosos, lo que entonces acordamos, sin haber siquiera considerado lo imposible que era que aquello que uno de ninguna manera sabe lo sepa no se sabe cómo: porque, que no lo sabe, eso dice saberlo nuestro acuerdo mismo. Y sin embargo —creo yo—, no hay

cosa tan absurda que ésa no parezca más absurda que ella. Mas con todo, y siendo así que llevaban la investigación gentes tan ingenuas y simples como nosotros y nada duras ni cerradas, no por ello puede llegar a cazar ella la verdad, sino que a tal punto la verdad se ríe y burla de ella, que aquello que nosotros desde hacía rato, en común acuerdo y combinando nuestras inventivas, veníamos suponiendo que era la cordura, eso con la mayor desfachatez se nos aparecía como inútil. Y todavía pues en lo que a mí toca no me enoja tanto el resultado; pero por ti, Cármides», le dije, «sí que me enoja, y mucho, que, siendo tú tal como eres de traza y de figura y encima de eso, por tu espíritu, juicioso y cuerdo en el más alto grado, no vayas a sacar provecho alguno de esa cordura tuya ni vaya a beneficiarte para nada que en la vida que llesves te acompañe. Y más todavía me enoja la cosa por mor del ensalmo aquel que aprendí de boca del tracio, que, siendo algo que no vale la pena para nada, me dedicara a aprendérmelo con tanto afán. Todo eso pues, no, sin duda, yo no creo que sea así, sino que soy muy malo yo como investigador: porque creo, sí, que desde luego la cordura es algún bien muy grande, y que, si de verdad tú la posees, eres por ello bienaventurado. Pero mira a ver si es que la tienes y que no necesitas para nada del ensalmo: porque, si la tienes, lo que haría yo más bien sería aconsejarte que a mí me tengas por un loco delirante, incapaz de investigar por razonamiento ninguna cuestión que sea, y que a ti, en cambio, te consideres, en la medida que eres más juicioso y cuerdo, en la misma medida más feliz.»

A lo cual Cármides: «Pero, a fe, Sócrates», me dijo, «yo no sé si la tengo o si no la tengo: pues y ¿cómo puedo yo saber de cosa que ni aun vosotros sois capaces de averiguar qué pueda ser, por lo que tú dices? Y sin embargo, no acabas del todo de convencerme, y aun de mí creo, Sócrates, que tengo falta, y mucha, del ensalmo; conque, por mi parte al menos, nada impide que me ha-

gas el encantamiento cuantos días sea, hasta que digas tú que basta de ello.»

«Ea, pues a bien, Cármides», dijo Cricias «que si así lo haces, para mí, desde luego, ello será una prueba de que eres juicioso y cuerdo, el que te pongas en manos de Sócrates a que te haga sus encantamientos y que no te apartes ni poco ni mucho de ese hombre.»

«Por hecho que habré de pegarme a él», le respondió, «y que no he de separarme; que grave sería mi falta si no te obedeciera a ti, mi tutor y guía, y no hiciera lo que me mandas.»

«Pero y por supuesto», dijo, «que yo así te lo mando.»

«Bien, pues así lo haré», repuso, «a partir del día mismo de la fecha.»

«Eh, vosotros», les dije yo, «¿qué es lo que estáis ahí deliberando?»

«Nada», respondió Cármides, «sino que lo tenemos ya deliberado.»

«¿Vas a forzarme pues», le dije yo, «y ni aun plazo para instrucción del proceso vas a concederme?»

«Date por forzado», me dijo él, «desde el momento, sobre todo, que Cricias aquí presente así lo manda. Ante tales hechos, véte tú a tu vez deliberando qué es lo que vas a hacer.»

«Pero si», le dije yo, «no queda deliberación ninguna: pues, en lanzándote tú a hacer sea lo que sea, y a forzarle a uno, no hay poder humano que se te ponga en contra.»

«Bien, pues», dijo él, «no te pongas en contra tú tampoco.»

«Bien, pues», le dije, «no me pondré yo en contra.»